

PUEBLA Y LA DECADA DE LOS OCHENTA EN LA PASTORAL DE LA IGLESIA LATINOAMERICANA

Miguel Angel Keller*

Ante la proximidad de una nueva Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, resulta evidente la necesidad de recordar la actualidad e importancia de la Conferencia de Puebla para una correcta comprensión de la realidad teológico-pastoral de la Iglesia latinoamericana.

Mucho más todavía si comenzamos por afirmar que Puebla no puede reducirse a un simple texto (el "Documento" que citaremos DP), fruto de una reunión episcopal (la III General de América Latina). Puebla supone mucho más: un verdadero *Acontecimiento Eclesial* que marca un hito dentro del esfuerzo creyente-praxis, pensamiento y oración- de la Iglesia entera de nuestro Continente. Pero un hito que, por eso mismo, tampoco puede entenderse aisladamente, casi como un milagroso y extemporáneo don del Espíritu, sino dentro del proceso de renovación surgido en la Iglesia en torno al Concilio Vaticano II. Sin éste no hubiera existido Medellín, ni probablemente Puebla, ni estaríamos ahora en camino hacia Santo Domingo.

Así podemos entender la ya clásica afirmación "Medellín constituyó el Bautismo de la Iglesia latinoamericana y Puebla su Confirmación". Es decir, que en Medellín la Iglesia de América Latina recibió creativamente y potenció, enriqueciéndolo con una relectura peculiar desde nuestra realidad, el Vaticano II; en Puebla se repitió el mismo proceso, en relación ahora con todo el dinamismo postconciliar y especialmente con los planteamientos de Pablo VI en la "Evangelii Nuntiandi".

Y si el mismo Concilio, a pesar del tiempo transcurrido ya desde su celebración, puede considerarse como un acontecimiento actual y vigente en toda la Iglesia, cuyo dinamismo perdura hoy y cuyas virtualidades aún no han sido plenamente desarrolladas, con mucha más razón es posible afirmar que la Conferencia de Puebla constituye actualmente uno de los elementos básicos dinamizadores de la vitalidad eclesial latinoamericana, de cuya aplicación e

* Doctor en Teología, Especialidad en Teología Pastoral. Formador y Profesor del Seminario Mayor de Panamá. Miembro de la Comisión de Reflexión Teológico-Pastoral de la Conferencia Episcopal de Panamá.

interpretación -tampoco consumadas todavía- dependerán en gran parte no sólo la orientación de la futura Conferencia de Santo Domingo, sino también toda la andadura teológico-pastoral de nuestra Iglesia latinoamericana.

Con esta introducción intento justificar la metodología seguida en el desarrollo de este tema: de la Conferencia de Puebla a la década de los 80 y no al revés, convencido de que lo correcto es conseguir que la riqueza contenida en Puebla ilumine los recientes acontecimientos vividos por nosotros en los últimos años.

1. LOS GRANDES TEMAS DE PUEBLA

El mensaje teológico-pastoral de Puebla supone la revisión general de la vida de la Iglesia en América Latina, asumiendo y prolongando el dinamismo de Medellín. Parte de la realidad socio-ecclesial latinoamericana, ofrece un mensaje o respuesta de la Iglesia a esta realidad y propone una aplicación pastoral concreta: *la Evangelización para la comunión y participación*, equivalente a la *Evangelización Liberadora*.

Una *evangelización liberadora* del pecado personal (*conversión*) y social (*transformación de estructuras injustas*) que conduce hacia la *comunión* y la *participación*, primero dentro de la *Iglesia* (Cuerpo de Cristo y Pueblo de Dios) y luego, por la presencia de los cristianos en la sociedad pluralista, también en el *mundo* o sociedad secular, dentro de la cual la Iglesia es signo y fermento de esa comunión y participación que deben concretarse -para no reducirse en la acción pastoral a un simple deseo romántico o moralizante- en *opciones pastorales* que expresen la predilección ecclesial por el pueblo pobre y oprimido.

Desde esta perspectiva sintética, es posible reducir los grandes temas de Puebla a los cinco siguientes, que pasamos a comentar en sus líneas fundamentales.

El método teológico-pastoral

La Conferencia de Puebla intentó conscientemente llegar a un solo Documento final, estructurado según el método ver-juzgar-actuar. Tres tiempos de reflexión coordinados de forma que, partiendo del análisis pastoral de la realidad ecclesial y socio-cultural y a través de una iluminación teológico-ética, el DP desembocase en una serie de conclusiones y opciones concretas en el campo práctico-pastoral. Y es preciso reconocer que, en efecto, Puebla consiguió en gran parte articular esta "circularidad" entre el ver-juzgar-actuar o, dicho de otra forma, acontecimiento-profecía-conversión. Toda la dinámica de la Conferencia estaba pensada así -de la pastoral a la teología y no al revés- e incluso el trabajo de cada Comisión y los capítulos resultantes del DP presentaron la misma organización y estructura metodológica: situación-criterios teológicos-opciones pastorales.

Y esto no es una simple cuestión de distribución externa: la opción *metodológica* encierra ya en sí una opción *teológica*; el *desde dónde* se hace teología condiciona incluso ya los contenidos de la misma teología. Más todavía cuando -como ocurre en la reciente reflexión teológico-pastoral latinoamericana y concretamente en Puebla- ese "desde dónde" es una visión pastoralmente comprometida con la realidad y con la impactante situación de pobreza, injusticia y pecado social. Es decir, que a la opción preferencial por los pobres se llegó precisamente, sin duda, por haber partido de la escandalosa realidad de la pobreza en el llamado Continente de la esperanza.

No hará falta hacer notar que esta intuición y metodología ha sido, de hecho, la más repetidamente subrayada por los principales teólogos latinoamericanos. No se trata de una *teología nueva*, sino de una *nueva manera* de hacer teología. Y la novedad consiste, precisamente, en considerar la teología como un "acto segundo": hecha *sobre y desde* la praxis de liberación, que no es entonces sólo un tema, sino un lugar teológico y hermenéutico. Es una teología desde la realidad socio-eclesial latinoamericana: su interlocutor no es por eso el no-creyente (como en la teología europea, enfrentada directamente al proceso de secularización), sino el no-hombre, el pobre, sujeto del proceso de liberación. La reflexión teológica alcanza así un peculiar sentido y se hace significativa para la Iglesia y la sociedad a través de las tres dimensiones interrelacionadas: *acercamiento a la realidad*, como punto de partida y con la mediación de las ciencias sociales; *preocupación pastoral eclesial*, cómo ser signo en función del Reino y prestar un servicio eficaz al mundo; y *experiencia mística* del Evangelio predicado por Jesús, en la praxis de su amor gratuito al hombre que es buena noticia para los pobres.

No fue Puebla -como sabemos- un encuentro de teólogos, sino una asamblea de pastores. No es el DP una obra de teología, sino el fruto de una reflexión pastoral sobre unos temas concretos. Pero, evidentemente, tanto el DP como la misma Conferencia de Puebla pertenecen de lleno en su contenido y metodología al estilo característico de la peculiar reflexión teológico-pastoral latinoamericana que acabamos de describir resumidamente en sus líneas básicas. Así Puebla elabora una teología primordialmente pastoral, que empalma con la mejor y más característica teología latinoamericana y supone de hecho -sin abordar el tema explícitamente- la consagración definitiva de un método teológico-pastoral bien concreto. Un hecho suficientemente relevante como para ser tenido en cuenta, junto a los grandes temas de Puebla, en la preparación y desarrollo de la Conferencia de Santo Domingo.

Evangelización: contenido y praxis

La preocupación central de Puebla es, desde luego y como indica el mismo título del DP, la *Evangelización*. No sólo como cuestión teórica -qué es la evangelización-, sino en cuanto interrogante primordialmente práctico: cómo evangelizar hoy y aquí, en América Latina, y con perspectiva de futuro. Puebla

estructura el contenido de la evangelización en torno al “trípode” doctrinal (verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia, sobre el hombre) que el Papa propuso al inaugurar la Conferencia.

La cristología, eclesiología y antropología explícitamente propuestas en el DP deben ser complementadas con las implícitamente contenidas a lo largo de todo el texto del Documento, que son en general -dentro de una cierta tensión entre la preocupación dogmático-doctrinal y la apertura pastoral- más vivas, expuestas en un lenguaje más narrativo/catequético y más en conexión con la realidad latinoamericana.

En cualquier caso, la cristología (cfr. DP 170-219) es -por encima de matices, perspectivas y tensiones- el núcleo central de la reflexión teológica de Puebla, que intenta conscientemente enraizarse en el misterio y la figura de Jesucristo. De su fe en El -confesado como Cristo, Hijo de Dios y Señor de la historia- extrae la Iglesia latinoamericana la verdad y la fuerza que necesita para su misión evangelizadora.

Jesús, en el pasado, dedicó su vida a la causa del Reino, tuvo predilección por los pobres, reunió la comunidad/Iglesia para que continuase su misión. Hoy, vivo y vencedor de la muerte, es el Señor de la Iglesia y de toda la historia humana, manifiesta su sentido definitivo y último, así como la pecaminosidad de la situación actual, comunica a los hombres por su Espíritu la fuerza y la exigencia de la liberación.

“La verdad sobre la Iglesia, el pueblo de Dios, signo y servicio de comunión” (cfr. DP 220-303, incluyendo la mariología), es la parte más extensa del DP en su marco doctrinal, sin duda por la íntima relación existente entre la eclesiología y la evangelización. Predomina ciertamente la eclesiología de comunión (Iglesia-Pueblo de Dios, en la línea de la *Lumen Gentium*), pero con un marcado acento jerárquico-institucional. La misma doctrina eclesiológica se presenta, no obstante, en otro tono menos dogmático/defensivo cuando se propone en relación con la realidad y concretada en las comunidades cristianas que cuando se enuncian en abstracto los principios doctrinales de la eclesiología. Se destaca entonces, sobre todo, el dinamismo eclesial en la historia y la situación de América Latina; se acentúa la continuidad entre Jesús de Nazareth y la Iglesia en orden a la causa del Reino; se subraya la predilección de la Iglesia por los pobres, así como su potencial evangelizador.

Una Iglesia comunión orientada toda ella al servicio sería la más rica propuesta de la eclesiología de Puebla: Iglesia que, tras las huellas de Jesucristo, quiere existir en el Continente latinoamericano para servirlo evangelizándolo y que, por lo mismo, quiere contribuir a la luz del Evangelio a la liberación integral de los hombres y de los pueblos que lo conforman.

El tercer contenido básico de la evangelización en Puebla es “La verdad sobre el hombre: la dignidad humana” (Cfr.304-39). Su objetivo se entiende explícitamente como el ofrecimiento de una “visión cristiana del hombre, tanto a la luz de la fe como de la razón, para juzgar su situación en América Latina en orden a contribuir a la edificación de una sociedad más cristiana y, por tanto, más humana”, y esto a través de la categoría clave de la *Dignidad Humana*. La antropología de Puebla será por eso -como veremos- de la mayor importancia al abordar el tema de la evangelización liberadora: “la verdad sobre el hombre es la base de la verdadera liberación” (Juan Pablo II, Discurso inaugural, I,1,9).

En cuanto a la praxis de la evangelización, Puebla la entiende como un complejo proceso de transmisión del mensaje de Jesucristo con toda su fuerza liberadora y en todas sus dimensiones (anuncio de la Palabra, testimonio de vida, praxis de transformación eclesial y social), cuyo sujeto activo es todo el pueblo de Dios y cuyos destinatarios son todos los hombres, con especial atención a algunas situaciones particulares que presentan mayor urgencia misionera.

Esta es la gran propuesta, la única gran opción de Puebla, en torno a la cual -la evangelización- gira todo lo demás como criterio de su autenticidad o aplicación de su sentido fundamental. Una evangelización *cristiana* (por su origen, contenido y finalidad), *histórica* (a partir del hombre latinoamericano concreto y para él), *integral* (en todas sus dimensiones, personal y social, humana y trascendente), *misionera* (en una Iglesia que privilegia a los más pobres y atiende a los más alejados). Una evangelización que exige una mística de servicio liberador y cuyos aspectos más sobresalientes para América Latina se determinan a continuación.

Evangelización de la cultura y de la religiosidad popular

Puebla dedica todo un apartado a la evangelización de la cultura (cfr. DP 385-443), seguido de otro sobre evangelización y religiosidad popular (cfr. DP 444-69): ambos suponen la madurez de la reflexión teológico-pastoral sobre el tema, después de la *Gaudium et Spes* y la *Evangelii Nuntiandi*. Su tesis central es que la concreción de la evangelización de la cultura es hoy en América Latina la evangelización de la religiosidad popular, porque esa religiosidad popular es actualmente la expresión privilegiada del común sustrato cultural de los pueblos latinoamericanos.

Puebla no concibe entonces la evangelización de la cultura en la forma simplista en que a veces se plantea: cultura cristiana latinoamericana amenazada por la secularización propia de la sociedad urbano-industrial, y que urge por eso una evangelización de la religiosidad popular. Sin ignorar este problema, la perspectiva histórica del DP no puede por menos de relegarlo a un segundo término: todavía la religiosidad impera sobre la secularización en América Latina.

Mucho más grave *aquí y ahora* es para Puebla otro planteamiento del problema: la mayor riqueza cultural y religiosa es en América Latina el pueblo pobre y creyente. Un pueblo cuya cultura y cuya vida sufre la marginación y la opresión propias de una injusta situación de dependencia y de extrema pobreza. Urge por eso una evangelización liberadora, que renueve la cultura/religiosidad popular, desde la opción preferencial por los pobres. Esta es la verdadera respuesta al verdadero reto, y la única forma de que exista en América Latina una evangelización de la cultura realmente eficaz frente a los antivaleores y los ídolos de las tendencias culturales dominantes, secularistas, materialistas y opresoras.

Como toda la Iglesia, la religiosidad popular debe ser evangelizada siempre y de nuevo, apelando a la "memoria cristiana de nuestros pueblos" mediante un proceso de *pedagogía pastoral* -vivido en "diálogo vital" con el mismo pueblo- en el que el catolicismo popular sea *asumido, purificado, completado y dinamizado* por el Evangelio. Lo que exige, "antes que todo, amor y cercanía al pueblo, ser prudentes y firmes, constantes y audaces para educar esa preciosa fe, a veces tan debilitada". Así la religiosidad popular podrá ir madurando hacia una vivencia del Evangelio en la Iglesia como hijos del Padre, hermanos en la comunidad eclesial, misioneros del Reino en el mundo.

La religiosidad popular constituye para Puebla la expresión privilegiada del sustrato común de las diversas culturas latinoamericanas, presenta aspectos positivos y negativos, ha perdido parte de su fuerza y está en crisis ante el cambio cultural; pero es una expresión de fe válida, que debe ser evangelizada y es a la vez evangelizadora porque encierra en sí una radical exigencia de humanización, fraternidad, justicia y verdadera liberación. Este último aspecto es el más valioso y original de la síntesis del DP sobre la religiosidad popular y podría resumirse así: el pueblo creyente y oprimido tiene una enorme fuerza evangelizadora. Medellín puso más el acento en el primer aspecto (opresión/liberación) y Puebla lo pone en el segundo (liberación/evangelización). Dos aspectos complementarios de un mismo proceso de renovación eclesial.

La perspectiva del pobre está así también presente en esta importante parte del DP, que no en vano hablará después del "potencial evangelizador de los pobres" (DP 1147). La religiosidad es, en efecto, una actitud típica de los pobres, y los pobres constituyen de un modo preferente y mayoritario el pueblo latinoamericano. Ellos condensan y tipifican su cultura/religiosidad popular (DP 447). Evangelizar *a y desde* la cultura/religiosidad popular es, sobre todo, evangelizar *a y desde* los pobres. Dejarse evangelizar *por* la cultura/religiosidad popular es dejarse evangelizar *por* los pobres. *Asumir la causa* de la cultura/religiosidad popular es *asumir la causa* de los pobres. *Optar* preferencialmente por la evangelización de la cultura/religiosidad popular es *optar* preferencialmente por la evangelización de los pobres. Es decir, por una *Evangelización Liberadora*, en el sentido que Puebla da a la expresión. Una evangelización que sea realmente también inculturación, y que no oponga nunca dicha inculturación a la opción preferencial por los pobres. He

aquí otra decisiva aportación de Puebla, que creemos, de ningún modo puede ser olvidada de cara a Santo Domingo.

Evangelización, liberación y promoción humana

La visión de Puebla sobre la relación entre evangelización y dimensión socio-política de la existencia es de la mayor importancia y constituye uno de los aspectos más relevantes de su magisterio. Queda clara y conscientemente superada la dicotomía entre teología y doctrina social, fe y vida, plano religioso y plano socio-político, afirmándose con vigor “la diaconía” social de la Iglesia en este campo.

Es curioso constatar cómo, desde la primordial preocupación por evitar los reduccionismos y ambigüedades de una liberación unilateralmente socio-política y a nivel de estructuras, toda la Asamblea de Puebla llegó progresivamente a descubrir la inseparabilidad de las dimensiones teológica e histórica del proceso de liberación, para concluir incluso denunciando el posible reduccionismo de signo contrario: pretender un evangelio y una liberación cristiana sin incidencias económicas, políticas, sociales y culturales. El DP retoma aquí el espíritu de Medellín, a través de seis momentos claves de su temática, que constituyen algo así como su columna vertebral y demuestran hasta qué punto el tema de la liberación pertenece al hilo conductor de todo el mensaje teológico-pastoral de Puebla:

- *Visión histórica de la realidad*, que desemboca en el anhelo de liberación integral, ligada a la realización histórica de la comunión con Dios y los hermanos en orden a su plenitud escatológica (DP 141).
- *Reflexión doctrinal*, con un pasaje antropológico fundamental (DP 321-29) en el que, desde la dignidad humana, se concibe la liberación integral como la comunión/participación en los tres planos inseparables -relaciones con el mundo, los otros y Dios-, con exclusión por tanto de todo verticalismo, personalismo u horizontalismo.
- *Concepto de evangelización*: en línea con el punto anterior, se subraya la dimensión teológica e histórica como inseparables en la evangelización, que nos revela al Padre, nos llama a la comunión fraterna y produce en el mundo frutos de justicia y respeto de los derechos humanos. De nuevo los tres planos inseparables, entendiendo la liberación del pecado como unida a la liberación de todo lo que oprime al hombre (DP 351-54).
- *Evangelización de la cultura*: la renovación de los valores culturales por la evangelización llama inseparablemente a la conversión del corazón y al urgente cambio de estructuras, cuya incoherencia con la fe denuncia la debilidad de ésta y la presencia de culturas dominantes frente a la cultura popular (DP 437-38). De nuevo, la doble dimensión de la liberación integral.

- *Discernimiento de la liberación en Cristo*: Dimensión terrena y trascendente de la liberación integral (DP 475-76), elementos complementarios e inseparables de una liberación que se realiza en la historia y que no se puede mutilar en ninguno de sus aspectos: liberación del pecado, liberación del hombre en su propio desarrollo personal y comunitario, liberación de la dependencia y esclavitudes socio-políticas (DP 482-85).
- *Pecado, ídolos y esclavitud*: (DP 491 ss.;542 ss.). Liberar del pecado es liberar de la situación de pecado, derrocar los ídolos, las esclavitudes concretas, la opresión socio-política e ideológica que tiene sus manifestaciones históricas en los sistemas marcados por el pecado, en todas las formas de "injusticia institucionalizada". Consagrar el mundo es desacralizarlo (DP 521), es decir, liberarlo de todas las idolatrías.

Lo contrario de la liberación *integral* es, precisamente, la liberación *mutilada* (DP 485) en cualquiera de sus aspectos; no es ya la liberación en Cristo. La liberación *integral*, en cambio, "pertenece a la entraña misma de una evangelización que tiende hacia la auténtica realización del hombre" (DP 480); la promoción de la justicia es "parte integrante e indispensable" de la misión evangelizadora de la Iglesia (DP 827). "La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre", es decir, si no fuera liberadora (cfr. "Evangelii Nuntiandi" 29, citado textualmente en DP 476).

La evangelización es liberadora en la medida en que va a la raíz de la opresión (pecado) y provoca la conversión personal y comunitaria, que lleva a acciones concretas de promoción y liberación (DP 487-88). Busca el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica; tiene su plena realización en la comunión de todos en Cristo (cfr. DP 562 y 490). Lo que exige tres aspectos íntimamente ligados:

- *Un testimonio de vida*, que constituye el medio más eficaz de evangelizar (DP 971). Puebla destacará en ese sentido la exigencia de que toda la Iglesia y cada comunidad sea "signo" para el mundo, con especial valoración de la vida religiosa (cfr. DPP 528; 747 ss.) y del potencial evangelizador de los pobres.
- *Un mensaje propio* y liberador, que proclama la dignidad y destino del hombre (DP 334), que es anuncio y denuncia (DP 15;1213;1283) a la luz de la buena noticia liberadora del evangelio de Jesús (DP 354).
- *Un compromiso* y una *acción* en favor del hombre, especialmente del más pobre, para su liberación integral y como contribución a la construcción de la civilización del amor (cfr. DP 354-55;551;1254 ss.;1134 ss.;Mensaje a los pueblos de América Latina,8).

La Iglesia quiere afrontar así el reto de la situación de injusticia que el DP describe y analiza en su primera parte, mediante una evangelización liberadora. Quiere ser realmente "una Iglesia en proceso permanente de evangelización; una Iglesia evangelizada que escucha, profundiza y encarna la Palabra, una Iglesia evangelizadora que testimonia, proclama y celebra esa Palabra de Dios, Jesucristo en la vida, y ayuda a construir una nueva sociedad en total fidelidad a Cristo y al hombre en el Espíritu Santo, denunciando las situaciones de pecado, llamando a la conversión y comprometiendo a los creyentes en la acción transformadora del mundo" (DP 1305).

El servicio al hombre y el compromiso liberador por la justicia son, para Puebla, una finalidad de la evangelización, parte integrante e indispensable de la misma, condición de su autenticidad y método privilegiado para el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Las "opciones preferenciales"

Para concretar su proyecto evangelizador y señalar la respuesta pastoral al desafío que supone la situación latinoamericana, Puebla escruta los signos de los tiempos y quiere descubrir las tareas más urgentes, prioritarias y fundamentales para el servicio evangelizador de la Iglesia en el presente y en el futuro de América Latina. Se determinan así dos grupos humanos que reclaman una opción preferencial -los pobres y los jóvenes- y dos tareas también prioritarias: el esfuerzo de todos los miembros de la Iglesia por la construcción de una nueva sociedad y la defensa de los derechos de la persona.

La visión de conjunto resulta entonces extraordinariamente válida y equilibrada: el corazón de la Iglesia está al lado de los pobres y los jóvenes, pero esta opción preferencial no le hace ignorar que, de hecho, su liberación y promoción está ligada también a las decisiones que los adultos y las élites dirigentes tomen, a nivel nacional e internacional, en la construcción de la sociedad. Campo en el que, por eso, es así mismo urgente y necesaria la presencia evangelizadora de la Iglesia.

La opción preferencial por los pobres destaca, pues, como la más fuerte y característica de la acción evangelizadora según el DP: quiere definir la perspectiva, el "desde dónde" esta Iglesia latinoamericana debe pensar, vivir y anunciar el Evangelio. Es *desde los pobres para todos los demás*. Un proyecto pastoral directamente válido para la Iglesia latinoamericana, pero llamado también evidentemente a ejercer una función estimulante, crítico-correctiva e incluso provocadora para la Iglesia universal. De algún modo, en Puebla la Iglesia de los pobres somete a juicio a toda la Iglesia.

Precisamente por eso, interesa sobremanera precisar -como lo hace el DP- los motivos de esa opción:

- Un motivo *sociológico*: “la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos en América Latina” (DP 1154), agravada desde los años de Medellín.
- Un motivo *cristológico* (DP 1141 ss.): Cristo mismo nació, vivió y murió pobre, y ese fue también el destino de María. Cristo se presentó como el liberador de los pobres (Lc 4,18-21): amó a todos, pero privilegió a los pobres. En el rostro de los pobres reconocemos hoy a Cristo que sufre (DP 31;330). Y el compromiso de la Iglesia debe ser, como el de Cristo, con los más necesitados: su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misma misión de Jesús.
- Un motivo *teológico*: Dios es el “defensor de los pobres”, los ama y son sus predilectos (DP 1142). El Evangelio es buena noticia para los pobres, y de ellos es el Reino. Porque la pobreza es el sacramento del pecado en el mundo, y su liberación es sacramento del Reino: la evangelización liberadora implica la opción preferencial por los pobres y contra la injusta pobreza, para su liberación integral, como paso de la situación de pecado al Reino de Dios.

La opción preferencial por los pobres no es -en resumen- política ni simplemente ética, sino evangélica. Constituye por eso el eje central de Puebla y la cumbre de su discurso sobre la evangelización: partiendo de la lectura dialéctica de la realidad latinoamericana -vista desde los pobres, con ojos de buen samaritano- el seguimiento de Jesús y la misión de la Iglesia se entienden en la línea de la evangelización liberadora; surge entonces la dimensión política de la fe y de la salvación/liberación integral, que postula -desde la opción preferencial por los pobres- construir la civilización del amor (comunidad/participación) basada en la verdad, la justicia la libertad y la paz.

La opción por la evangelización es inseparable de la opción por el Reino, que es a su vez inseparable de la opción por el hombre: no en abstracto, sino preferencialmente por el hombre pobre, marginado, oprimido. Evangelizar es humanizar integralmente; es desde los pobres como el DP afronta por eso el reto de la cultura secular -deshumanizada y deshumanizante- sin colocar por eso en segundo término, sino todo lo contrario, el tema pobres/liberación. Desde los pobres se revaloriza la cultura/religiosidad popular, se subraya la necesidad de inculturación del Evangelio en las culturas populares, y se esclarece la específica aportación de la Iglesia a la cultura actual en el ámbito internacional.

Puebla disipa las posibles ambigüedades en torno a la opción preferencial por los pobres y excluye las interpretaciones desviadas: una interpretación extrínseca (los pobres fuera de la Iglesia, que opta por ellos), una interpretación paternalista (contraria al protagonismo de los pobres en su propia liberación), una canonización de la pobreza (cuando es un mal contra el que hay que luchar desde el Evangelio),

oun sentimentalismo evanescente (compasión, indignación y simpatía inoperantes). Se trata de una opción real, histórica, comprometida, evangélica, que llama a la conversión y a la praxis. Una actitud de la que, desde luego, se deducen conclusiones pastorales y compromisos prácticos importantes, de los que el DP parece bien consciente. Como también lo es de la conflictividad de esta opción, que asume no obstante desde la fidelidad al Evangelio y desde el convencimiento de su sentido profético.

2. APUNTES SOBRE LA DECADA DE LOS OCHENTA

Sería ingenuo y presuntuoso pretender disponer del tiempo, la información, la perspectiva histórica y la capacidad de síntesis necesarios para ofrecer en este momento una panorámica completa y objetiva de todos los acontecimientos socio-políticos y eclesiales de la década de los 80, ni siquiera en el ámbito latinoamericano.

Los 60 fueron en América Latina "la década del desarrollismo fracasado", los 70 se llamaron con razón "década de sangre y esperanza", los 80 comienzan a ser considerados -al menos en el aspecto socio-económico- como la "década perdida"... ¿Habrà que decir lo mismo desde el punto de vista eclesial? ¿Han sido realmente los 80 "la década de Puebla" para la Iglesia latinoamericana y su acción pastoral o suponen más bien una pérdida, una traición, o -al menos- un retroceso en relación con el formidable impulso pastoral que la Conferencia de Puebla pretendió?

La respuesta no es fácil, y menos todavía si se intenta presentar de forma rotunda o absoluta. Respetando desde luego cualquier otra opinión, no creemos objetivo afirmar ni que la Iglesia latinoamericana viviera la década de los 80 totalmente de espaldas a Puebla, ni que su acción pastoral fuera capaz de desarrollar fiel y completamente todo el dinamismo teológico-pastoral de la Conferencia que acabamos de analizar. Habrà de nuevo que hablar de "luces y sombras", logros y fracasos, procesos y tensiones, gracia y pecado... Lo intentaremos ya sintéticamente, invitando a todos a matizar, completar o corregir nuestras apreciaciones.

Aspectos positivos

Después de la III conferencia General del Episcopado Latinoamericano no fue posible a los obispos ya permanecer ignorantes de la renovación profética que significó Medellín para nuestra Iglesia ni al margen de sus grandes opciones: los pobres, la liberación integral y las comunidades eclesiales de base.

Esta difusión generalizada del "espíritu de Puebla" debe considerarse como uno de sus primeros y más positivos logros. El Documento conclusivo de Medellín tuvo en principio una reducida difusión y sólo lenta o parcialmente llegó al conocimiento de las Iglesias locales, aunque algunas de sus ideas centrales

adquiriesen cierta resonancia. El DP estuvo rápidamente en manos de innumerables agentes de pastoral, fue estudiado en las comunidades cristianas de múltiples Iglesias locales, se hizo un extraordinario esfuerzo para que llegase incluso a los sectores más populares. Por todas partes se organizaron encuentros a distintos niveles para estudiar el DP y su mensaje teológico-pastoral. "Conozcamos Puebla", "Profundicemos Puebla" u otros similares fueron títulos frecuentes de numerosos ciclos de conferencias, charlas, semanas teológicas, cursillos y encuentros para obispos, clero, religiosos, agentes de pastoral, comunidades o parroquias, al comienzo de los 80. Es prácticamente imposible -sea cual fuere luego su implementación real- encontrar en esta década un documento o programación pastoral a cualquier nivel eclesial de América Latina en los que no estén presentes de algún modo y con cierta amplitud los grandes temas y opciones de Puebla.

La "perspectiva del pobre" tomó así carta de naturaleza en nuestras Iglesias locales. Y sería absurdo e injusto decir que todo esto quedó en simple "papel mojado". Demuestran lo contrario los millones de católicos integrados en cientos de miles de comunidades de base a lo largo y ancho de nuestra geografía, los cientos de valiosos y valientes documentos episcopales, la creciente y evangélica inserción de los religiosos en medios populares, la sangre de tantos testigos de la fe (desconocidos o impactantes como Mons. Oscar A. Romero y los jesuitas de El Salvador), la resistencia de verdaderas "culturas emergentes" populares y de aliento evangélico ante la presión de la secularización consumista o los movimientos de ultra-izquierda.

El enriquecimiento de la reflexión teológica latinoamericana, la ejemplaridad y constancia en la programación pastoral de muchas de nuestras Iglesias locales y su vitalidad, la participación de los católicos en los movimientos de liberación -sin entrar ahora en juicios de valor sobre su evolución o desenlace final, por ejemplo en Nicaragua-, el compromiso por la democracia y los derechos humanos desde Chile a México, las aportaciones al difícil proceso de paz centroamericano, la preocupación por la tierra y los campesinos o indígenas (casos de Brasil, Bolivia, Perú, Ecuador, Guatemala)... son hechos innegables y significativos -entre otros concretos- dentro de la historia eclesial latinoamericana de los 80. Hechos en los que una visión de fe no puede por menos de descubrir, como también en la multiplicación de nuevos ministerios y las formas autóctonas de vida religiosa y ministerios ordenados, el soplido del Espíritu y el influjo del acontecimiento de Puebla.

Tensiones y conflictos

Cuanto precede podría llevarnos a una visión excesivamente triunfalista si dejásemos de referirnos a los serios y dolorosos conflictos o tensiones que forman también parte de nuestra historia eclesial de los 80 y han afectado negativamente a nuestras Iglesias y su vitalidad pastoral. Conflictos y tensiones que han tenido en muchos casos como principales protagonistas visibles -víctimas o culpables de ellos, según las diversas apreciaciones- a los teólogos y religiosos latinoamericanos.

En votación realizada el 12 de febrero (la víspera de su clausura), la Asamblea plenaria de Puebla decidió -por 124 votos a favor, 8 más de los dos tercios necesarios- la supresión del único texto del DP que se refería explícitamente a la Teología de la Liberación. A pesar del deseo expreso de varias Conferencias Episcopales y de las repetidas interpelaciones sobre el tema surgidas en la misma Conferencia, no logró Puebla en este punto el consenso necesario para un pronunciamiento ni siquiera genérico u orientativo. Por evitar una polémica abierta, por influencia de la postura del Papa, por simple indecisión, o por una especie de "tabú" originado por el ambiente enrarecido en torno a ella, no se quiso en el DP ni aprobar ni condenar la Teología de la Liberación o alguna de sus corrientes.

La cuestión quedó así pendiente, y esta fue posiblemente una de las más serias deficiencias de Puebla. Al menos desde el punto de vista de haber optado por zanjar con una solución de compromiso -no decir nada- un aspecto tan importante para la vida eclesial latinoamericana.

La tarea que Puebla dejara así pendiente fue asumida luego por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, con dos Instrucciones consecutivas (*Libertatis nuntius*, 1984; *Libertatis conscientia*, 1986). La primera de ellas fuertemente crítica "sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación"; la segunda, más positiva y constructiva en torno a la identidad de "la libertad y la liberación cristiana".

La polémica quedaba así servida, y centrada principalmente en torno al grado de asunción del marxismo que la Teología de la Liberación podría de hecho presentar. Acusación nunca aceptada por los teólogos más representativos en sus respuestas puntuales -sobre todo a la primera Instrucción: cfr. el "Memorandum" del chileno Ronaldo Muñoz y "Teología de la Liberación. Respuesta al Card. Ratzinger" del uruguayo Juan L. Segundo, ambos escritos de 1984- o más generales (G. Gutiérrez, L. Boff, etc.) sobre el tema. Usar en ocasiones el análisis marxista -aducen- no implica necesariamente aceptar su filosofía global, ni puede negarse que la liberación de los pobres nace de una raíz evangélica antes que marxista.

También aquí ciertamente, la perspectiva histórica y -sobre todo- la visión de fe tendrán que ayudarnos a releer estos acontecimientos de la década de los 80, buscando a todo nivel eclesial la *comunidad y participación* que Puebla quiso hacer realidad en nuestra Iglesia.

Retos pendientes

Será necesario, para terminar, tomar nota de algunos temas surgidos o agudizados en los años 80 y que representan todavía un reto para la acción pastoral en América Latina. Son -casi ya telegráficamente resumidos y siempre en nuestra opinión- los cuatro siguientes:

- a) *Problemas morales*: La moral sexual y familiar (en todo el Continente), el cáncer del narcotráfico y la violencia (con casos extremos como en Colombia, Perú o Brasil), la moral social (deuda externa, distribución interna, modelos neoliberales: problemática del Brasil, caos económico en Argentina o Venezuela...)
- b) *Revisión de la Pastoral Urbana*: Urgida por las crecientes migraciones internas, con países donde más del 70% de la población reside ya en las ciudades (como Uruguay, Chile, Argentina, Venezuela, Brasil, Colombia, México...); con respuestas pastorales -los "movimientos"- que a veces encierran el peligro del espiritualismo, el elitismo o el exclusivismo.
- c) *Sectas fundamentalistas*: Verdadera "contra" religiosa manipuladora ideológicamente de la profunda religiosidad de nuestros pueblos, pero reto también a nuestra creatividad evangelizadora y denuncia de nuestros errores pastorales: sacramentalización sin educación en la fe ni formación bíblica, frialdad rutinaria en las celebraciones, falta de calor y acogida fraterna en las comunidades, olvido de la dimensión misionera de la fe...
- d) *Inculturación*: Necesidad de encarnar realmente el Evangelio en la cultura juvenil; reconocimiento de la pluralidad cultural de nuestros indígenas (unos 50 millones, con aproximadamente 410 etnias diversas) y afroamericanos (Brasil, Cuba, Antillas...). Ellos -"los más pobres de entre los pobres" desde el punto de vista socio-económico- tienen derecho a que una Iglesia autóctona e inculturada *respete y evangelice* su riqueza cultural en todos los aspectos (estructuras, liturgia, lenguas, ministerios...).

Nuestra Iglesia -peregrina y caminante, en expresión de San Agustín, "entre los problemas del mundo y los consuelos de Dios"- inicia la década de los 90 -marcados desde el principio por espectaculares acontecimientos en el mundo y por nuevos problemas y esperanzas en América Latina- y se prepara al V Centenario de la primera evangelización y a la celebración de Santo Domingo. Quiera Dios y hagamos nosotros que encuentre en su "memoria histórica" dócil al Espíritu lo mejor de sí misma. Para ello debe servirnos la relectura de Puebla y los principales acontecimientos de los últimos años.